

nieta, hija de Carlos IV, reina de Etruria, no solamente despojada de su estado de Parma, sino tambien del de Etruria, y además de esto recluída en un convento de Roma, en donde uno de aquellos hombres expulsados de España como súbditos rebeldes, el P. Pignatelli, la había socorrido con limosnas.

Todo esto se estaba verificando en estos días. Mas aquellos generosos Padres españoles, que por entonces vivían en Roma, supieron compadecer á su soberano en la desgracia, obsequiáronle como pudieron, y presentáronse á besarle la mano, segun refiere el P. Luengo. De este autor vamos á tomar la relacion de la visita hecha por el rey á las que fueron casas de los jesuitas ántes que los ministros de su padre obligaran á Clemente XIV á destruirlos.

Una de las devociones de Carlos IV y de la real familia á su llegada á Roma era visitar los templos de aquella santa ciudad. El día diez de Julio visitó las dos iglesias principales de la Compañía, que son la de la casa del Jesús y la del colegio romano. Á todos los jesuitas, así españoles como portugueses é italianos, causó la tal visita una maravilla grande, acompañada de tiernas lágrimas de compasion y de afecto sincerísimo para con el desgraciado monarca.

En la iglesia del Jesús había de encontrarse el rey con sesenta jesuitas españoles que moraban en aquella casa, y aun con otros ciento más, que vivían fuera de ella y acudieron allá al primer rumor de esta visita. ¿Qué efecto había de producir en el ánimo de Carlos IV y de María Luisa la presencia de aquellos jesuitas españoles? Por espacio de cuarenta y cinco años continuos se había estado diciendo en todas las ciudades de España por personas autorizadas y por todos los del cuerpo diplomático, y lo habían estado oyendo estos reyes, y aun leyendo en pragmáticas y decretos reales, y en mil libelos infamatorios, que los jesuitas españoles eran autores de tumultos y alborotos, infieles y traidores á sus reyes, regicidas y maquinadores contra su vida y contra su trono, y tan poderosos y temerarios, que uno solo que se quedase en España era capaz de poner en conflagracion el reino; finalmente

que eran hombres de doctrina laxa y corrompida, y aun herejes y corruptores de las costumbres y de la fe de los católicos. Por tales parece debían tenerlos estos soberanos: y no obstante por solo su gusto y voluntad se meten entre ciento y cincuenta de estos antiguos vasallos, que les habían pintado como regicidas, alborotadores de cortes y ciudades, y corruptores de todo lo bueno.

Eran las cinco de la tarde cuando llegaron los reyes á la puerta de la iglesia del Jesús, acompañados del niño rey de Etruria, del infante D. Francisco de Paula, del príncipe de la Paz y del general Miollis. Recibiólos el Sr. Severi, Superior de la casa, al cual acompañaban todos los jesuitas italianos que vivían allí, y como unos cuarenta españoles. La reina María Luisa, luégo que puso el pie en la iglesia, exclamó admirada: «¿Qué cosa tan bella! ya se conoce que es de jesuitas.» En esto iban llegando por momentos en gran número los Padres que se agregaban á la comitiva; y los reyes lo veían todo, lo observaban despacio y con particular gusto, y lo alabaron con muy encarecidos elogios. De la iglesia pasaron á la casa, y subieron á las capillas de San Ignacio, que vivió y murió en ella.

En todos estos lugares los reyes y las demás personas de su séquito iban mezclados sin orden con jesuitas españoles: estos al acercarse á ellos, les besaban las manos: los mismos reyes con grande humanidad y llaneza les preguntaban sus nombres y apellidos, sus patrias, su edad, y los años que habían estado en Roma; y oían sus respuestas con agrado y con demostraciones de muy particular afecto y compasion.

Allí se encontró con vasallos suyos de Méjico, del Perú, y en general de todas las provincias de su dilatadísimo reino en Europa, en América y en Asia. ¿Qué tumulto de pensamientos, de desengaños, y de pesares, no se levantaría en el corazón de Carlos IV, al considerar que todos aquellos súbditos suyos, aun de tan apartadas provincias, estaban en Roma, porque su padre Carlos III los desterró de su patria; y él mismo había confirmado el destierro de unos hombres, que no respiraban sino piedad en todo y ternísimo afecto, obsequio y reverencia para con su

persona. Tres veces por lo menos se le asomaron las lágrimas á los ojos; y por no ser observado, cortaba la conversacion, se volvía á otro lado, y se iba á hablar con otros. ¡Cuánto enseña y hace abrir los ojos la tribulacion!

Iguales escenas tuvieron lugar con el infante D. Francisco de Paula, y aun con el príncipe de la Paz, con el cual tuvo una conversacion algo seguida el P. Gaspar Sánchez, de la Provincia de Aragon, como después él mismo refirió<sup>1</sup>. En ella después de haberle preguntado por su nombre, patria y cosas semejantes, le dijo el príncipe por tres veces esta notable expresion: «La Compañía, su Religion de V., volverá presto á España.» Mostró Sánchez, como era natural, gran satisfaccion al oír aquellas palabras, y dificultad en creerlas. Conociólo el príncipe, y le dio varias razones en prueba de que presto sucedería lo que él le había asegurado<sup>2</sup>.

Entretanto los Padres del Buen Consejo continuaban trabajando segun su edad avanzada lo permitía: al frente de ellos estaba el anciano P. Panizzoni, lleno de viva confianza en la intercesion de su glorioso compañero el P. Pignatelli, cuyas proféticas palabras le hacían ver muy próximo el día de la universal restauracion de la Compañía. Del estado de la casa, y de los temores y esperanzas que á la sazón tenían, da conocimiento el P. Monzon en una carta á la señora duquesa de Villahermosa, la cual continuaba interesándose por la pequeña grey, que su santo tío había congregado, conservado y defendido, como había hecho en vida del Siervo de Dios. Dice así la carta<sup>3</sup>:

«Excma. Señora.—Puesto que se da la abertura por la parte de Génova de poder escribir, lo hago con mucho gusto, para dar

<sup>1</sup> El P. Gaspar Sánchez era novicio en Tarragona, cuando el extrañamiento. Nació en Teruel á 7 de Enero de 1750: entró en la Compañía en 30 de Abril de 1765. Ordenóse de sacerdote: restaurada la Compañía, hizo la profesion el 8 de Setiembre de 1815, y murió en Roma á 15 de Febrero de 1827.

<sup>2</sup> P. LUENGO, *Diario*, Tomo 46, pág. 585.

<sup>3</sup> Archivo de Villahermosa.

á V. E. las noticias de nosotros que tanto desea; y al mismo tiempo congratularme de que Dios haya consolado, como espero, á V. E. con la vista y compañía del señor duque. ¡Oh qué buen señor! oh cuál hijo de bendicion! Dios colme ambos á dos de sus especiales dones y gracias. En la última, que escribí á este señor, le encargaba, que en llegando á ver á V. E. le humiliase los más obsequiosos respetos míos, y de todos estos mis venerables compañeros, de los cuales después de la muerte del Padre Joseph Doz á los 28 de Julio del año pasado, han faltado dos más, el P. Bartolomé Hernández, y el P. Diego Val, aquel, del Paraguay, este de Valladolid: los demás en su proveya edad gozan suficiente salud.»

«Después de la muerte de nuestro Padre, en estos últimos años, de mucha confusion en estos países y en esta ciudad, Dios nos ha hecho gozar perfecta paz y tranquilidad, sin que ninguno nos haya dado la menor molestia; recogidos en nuestro rincón, en que nos dejó el Padre, y ocupados sin ruido en hacer el bien espiritual, que podemos, á nuestro prójimo. La providencia de Dios no nos ha faltado jamás, y tenemos por cierto, que no nos faltará. «Es un tesoro inexhausto,» decía el P. Joseph, «la providencia de Dios, y sería milagro si Dios faltase á quien por su amor, dejadas las cosas del mundo, se ha dedicado á su servicio.» Él desde el cielo nos protege y asiste.»

«Estamos esperando aquí al Santo Padre. El 31 de Marzo llegó á Bologna; hasta el presente se ha ido deteniendo en la Romaña; parece que hay dificultades y contrastes en los negocios políticos. Dios mire con piedad su Iglesia y sus redimidos; es necesaria mucha oracion, para aplacar á Dios justamente irritado por los pecados del mundo.»

«Con la venida del Santo Padre, todos esperan, que nuestras cosas mudarán de aspecto. Su Santidad sin duda piensa y desea restituir á la Iglesia aquello, que con perjuicio de tantos perdió un tiempo.»

«No faltarán obstáculos al cumplimiento de tan santos deseos. Cuánto nos sería necesaria en aquella época la presencia y

ejemplo de nuestro Padre Joseph, en quien Dios había puesto aquellas dotes, que á bien ordenar, restablecer y conservar cualquier grande obra son necesarias. El negocio es de Dios; S. M. cuidará de él. Cuando se presentará ocasion segura, enviaremos á V. E. los relicarios de San Pedro y San Pablo, y juntamente el que me encargó hacer aquí el señor duque, y no pude enviarle á Francia, con alguna otra cosa. Se ha hallado el folio que faltaba en el tercer tomo del Año Mariano; é irá con lo demás.»

«Por ahora no me ocurre escribir otra cosa: quedan establecidas y con esta renovamos las relaciones, que, viviendo aún el Padre, adquirimos con la persona de V. E., por quien y por el señor duque quedan rogando todos los de esta casa, y á ambos á dos ofrecen sus respetos, su veneracion y obediencia: y yo, que soy el menor de ellos, me protesto con el debido obsequio, el más humilde y rendido siervo en Jesucristo. — AGUSTIN MONZON. — Roma, 8 de Mayo de 1814. — P. S. La direccion de esta carta la hago encomendar en Génova al cónsul de España: que él la entregue á alguno de los barcos nacionales, que lleguen á aquel puerto. En breve habré de escribir al señor duque, pidiéndole un favor, para un español residente aquí en Roma.» Hasta aquí la carta.

En este año de 1814 se manifestó de un modo sensible que la Providencia velaba sobre su Iglesia hasta entonces víctima de la más fiera persecucion. Las derrotas experimentadas por Napoleon en España, Rusia y Alemania hicieron presentir que la estrella de aquel hombre singular declinaba ya hacia el ocaso. El 10 de Marzo dejó el emperador libre á Su Santidad, el cual quince días después llegaba á las orillas del Taro, y fue acogido con júbilo por los austriacos, y por ellos acompañado hasta Parma, Módena y Bolonia; á esta ciudad llegó el 31 de dicho mes, el día mismo en que los príncipes aliados hicieron su entrada en París.

Finalmente por Ímola y Cesena se dirigió á Roma, que le hizo la más brillante acogida el día 24 de Mayo, distinguiéndose

en sus demostraciones de regocijo Carlos Manuel de Cerdeña y Carlos IV de España con su familia. Era comun deseo y opinion de Roma, que uno de los primeros actos de Pío VII sería el restablecimiento de la Compañía en todo el mundo<sup>1</sup>.

Sobre tan fausto acontecimiento escribió el P. Agustin Monzon la siguiente carta á la sobrina del P. Pignatelli<sup>2</sup>.

«Roma, 10 de Junio 1814. — Excma. Señora. — Con la ocasion, que parte de aquí para España un sacerdote natural de Gerona, escribo á V. E. En el mes de Abril dirigí otra mía á V. E. dándole noticias de nuestro estado: otra dirigí al señor duque, suponiéndole ya en compañía de la madre: no sé si estas habrán llegado.»

«En esta puedo dar á V. E. algun motivo de consolacion sobre nuestras cosas. Llegó á esta santa ciudad el Santo Padre Pío VII á los últimos de Mayo pasado con aquel júbilo y exaltacion, con aquellas demostraciones de respeto y de veneracion de todas las órdenes de personas, que se merece Su Santidad, y que las circunstancias tanto diversas pedían.»

«El santo Pontífice está inclinadísimo y resuelto á restituir la Compañía: yo he hablado con Su Santidad; y no puedo dudar que lo quiere de veras. En los demás gremios eclesiásticos se hallan ardentísimos deseos de lo mismo: nada digo del pueblo, que exulta con la esperanza que tiene de ver presto en pie este orden religioso. Sí, creo que Dios apagará nuestros deseos; y

<sup>1</sup> A pesar de la vigilancia de los que custodiaban á Pío VII en su prision de Fontainebleau, logró Su Santidad expedir un Breve al Padre General Brzozowski, en que restablecía la Compañía en Inglaterra, Irlanda, América septentrional é Islas del Archipiélago. Expidióse en Diciembre de 1813; y el 13 de Enero de 1814 escribía el P. General al P. Landes, Provincial de la Rusia Blanca, en los siguientes términos: «He recibido un rescripto de Su Santidad, en virtud del cual son restablecidos nuestros Padres en Inglaterra, en Irlanda, en América y en las Islas del Archipiélago. Esta noticia puede comunicarse á los nuestros en los colegios. Den todos gracias á Dios por este beneficio, mas en silencio, sin que trascienda á los de fuera y sin publicar los designios de Dios.» (ZALENSKI, Tomo II, Libro V, Cap. VI.)

<sup>2</sup> Archivo de Villahermosa.

que no tardará. El negocio es de la mayor importancia, y se necesita continuar en las oraciones con Dios y con los Santos.»

«El número de los nuestros en esta casa va disminuyendo: en este año han muerto dos; tres en el pasado: el número de los muertos aquí llega ya á once; otros han muerto en otras partes. Dios no ha faltado jamás de su providencia, ni nos falta, ni nos faltará: ha sido singular su proteccion en los tiempos más peligrosos. ¡El sea para siempre bendito!»

«Estamos á la mira si viene segura ocasión, para poder enviar á V. E. los relicarios y otras cosas que aquí hay. Hasta ahora no parece que han ordenado los correos. Si por ahí se encontrase el mismo embarazo, el Sr. D. Juan Antonio Ferrer, portador de esta, que va á su patria, Gerona, dice que él tiene medio de dirigir desde allí las cartas por Perpiñan. V. E. nos tenga en aquel grado que por lo pasado; nosotros todos conservamos y conservaremos el respeto y veneracion que tan justamente debemos á V. E., de quien me protesto con todo el afecto, el más rendido y humilde siervo en Jesucristo. — AGUSTIN MONZON. — Al señor duque mil obsequios, y que le encomiendo el negocio que le encargué.»

De la conviccion general en Roma de que el primer cuidado de Pío VII, al llegar á esta ciudad, sería el restablecimiento de la Compañía, escribe el P. Luengo las siguientes enfáticas expresiones: «La persuasion no poco comun entre los romanos de que el Papa volvía de su cautiverio resueltísimo y determinadísimo de restablecer prontísimamente la Compañía de Jesús, hizo no poco general en Roma la voz de que el Pontífice, después de dar la bendiccion con el Santísimo el día 1.º de este mes (de Junio,) comunicaría la Bula ó Breve de restablecimiento<sup>1</sup>.....» Confirmaban estos rumores la ida del cardenal Luis Ruffo á la escondida casa del Buen Consejo, en la cual dio demostraciones de mucho afecto al P. Panizzoni y á todos los demás Padres, y que varios de los cardenales, que estaban muy en gracia del Pon-

<sup>1</sup> P. LUENGO, *Diario*, Tomo 48, pág. 485.

tífice, aseguraban á los Padres de sus personales deseos y de los del Papa del pronto restablecimiento de la Compañía.

No obstante, el primer paso sobre este asunto no se dio hasta el día tres de este mes de Junio, en que el P. Panizzoni tuvo audiencia de Su Santidad, que había solicitado por medio del cardenal Pacca, pro-secretario de Estado. La audiencia fue bastante larga: en todos los puntos que se trataron en ella, el Padre halló benigno y favorable al Pontífice. «Parece que Panizzoni,» escribe el P. Luengo, «hizo alguna insinuacion sobre introduccion de la causa del difunto Provincial Pignatelli, y que en esto, como en todo lo demás, halló al Papa propicio y favorable. En el punto principal, y aun único, que es el restablecimiento de la Compañía, salió tambien Panizzoni contento y alegre; y dice sin rebozo que Su Santidad le ha asegurado que está resuelto á restablecerla<sup>1</sup>.»

Que el mismo Soberano Pontífice desease dar principio á sus trabajos en la reparacion de los males causados á la Iglesia por la revolucion con el restablecimiento de la Compañía, lo asegura el cardenal Pacca en un manuscrito inédito, en el que se leen las siguientes palabras: «Una de las primeras operaciones que deseaba hacer Pío VII, era la tan gloriosa para él, el restablecimiento de la Compañía de Jesús. En todas las conversaciones que tenía yo cada día con él durante nuestro destierro en Fontainebleau, hablábamos casi siempre de los graves perjuicios causados á la Iglesia y á la sociedad civil con la supresion de esta orden, tan justamente célebre, así en la instruccion de la juventud como en las misiones apostólicas.»

«No podía, por lo tanto, dudar yo de que estaba próximo el día en que serían los Jesuitas repuestos por el Papa en Roma, así como en todos los demás países, que, á ejemplo del emperador Pablo de Rusia y de Fernando IV de Nápoles, los reclamaran para sus pueblos. Llegado á Roma el 24 de Mayo de 1814, agolpáronse de repente en mi imaginacion aquellas dulces con-

<sup>1</sup> *Diario*, Tomo 48, pág. 488.